

# La lógica del instinto y el azar

Isabel Soler

Desde el quicio de la puerta, Fortunato observa y *saborea tranquilo la explosión de dolor* de García ante el cuerpo muerto y tísico de María Luisa. Este final sobrecogedor inquieta definitivamente al lector que, desde las primeras páginas del cuento «a causa secreta», ha seguido, con angustia creciente, la progresiva búsqueda del placer en el sufrimiento ajeno de este hombre de *ojos color de plomo* —ojos como *chapas de estaño* dirá Machado de Assis en otro momento— responsables de una mirada *dura, seca y fría*.

Si al principio la lectura había permitido imaginar cierto altruismo o espíritu caritativo en este personaje de actitud arrogante que, con aparente abnegación, asiste al hombre apuñalado en una refriega de *capoeiats*, esta impresión se irá rápidamente desvaneciendo al advertir el estado anímico de la temerosa esposa María Luisa o la sádica tortura que sufre una rata a manos de Fortunato. La agonía de la mujer es vivida con la avidez del que no quiere perderse ni el mínimo detalle del tránsito hacia la muerte, sin rabia ni pena ni odio, con la conciencia de estar viviendo una privilegiada experiencia estética. Ni siquiera descubrir el amor que García siente por su esposa le provoca celos o cólera a este representante de un temperamento humano que en absoluto debe considerarse invadido por el mal sino simplemente conocedor de su propia manera de sentir, a la que se dedica con esmero y escrupulosidad. El trazado del carácter del personaje que Machado de Assis va presentando turba contundentemente al lector cuando, en cuatro líneas, se describe el sereno placer de Fortunato al contemplar el llanto desesperado de García.

Al asistente Procópio que cuida al desagradable coronel Felisberto en el cuento «O enfermeiro», no le queda otro remedio que aceptar su destino e intentar asimilar las circunstancias azarosas que le llevaron a beneficiarse de su funesta pérdida de control. El hosco y violento coronel consigue engendrar un odio y rechazo tales en su enfermero que éste es capaz de asfixiarlo, arrastrado por el delirio de la provocación recibida cuando el enfermo ya ha sido desahuciado por los médicos. Procópio no confesará el crimen y aceptará con estupor y aprensión la herencia que el viejo le deja así

como el reconocimiento público del celo, la caridad y la paciencia con los que el asistente había servido al coronel. El tiempo transcurrido entre la muerte del coronel y el acto de confesión del enfermero irá calmando la fuerza del remordimiento, disolverá el asombro y el rechazo instintivo de sí mismo, hasta conseguir aceptar la ineludible convivencia con el recuerdo del crimen.

Los cuentos de Machado de Assis evocan algunos de los relatos más perturbadores de Dostoievski; aquellos en los que el lector se reconoce a sí mismo aprendiendo una lección, aquellos en los que se evidencian las impurezas del hombre y, forzosamente, se debe iniciar un proceso de aprendizaje y aceptación de éstas. Machado de Assis –como Dostoievski– pone al hombre cara a cara y va apartando las máscaras que éste ha ido creado para ocultarse de sí mismo. Máscaras, por otro lado, que acaban instaurándose como prisiones que encierran, aíslan y someten al hombre. Así le ocurre al vanidoso alférez del cuento «O espelho: esboço de uma nova teoria da alma humana», que no consigue ver su imagen reflejada en un espejo si no es vistiéndolo su flamante uniforme. Se delata, aquí, la fragilidad del ser al necesitar símbolos materiales que lo reafirmen y trascendentalicen su existencia; aunque, en otras ocasiones, los personajes buscan la voluntaria reclusión con sus pecados o sus envilecimientos erigiéndose en metáforas de su propia singularidad.

Pero el autor brasileño se distancia del ruso al evitar integrar en un mismo personaje un universo de contradicciones que lo zarandeen entre la razón y el inconsciente universalizándolo empíricamente. Aunque los dos autores se sintieron atraídos por el mal y reflexionaron sobre él, no se encuentra en Machado de Assis la espiritualidad de Dostoievki. El lector toma conciencia de las debilidades e incoherencias del individuo representado por los personajes machadianos sin que el autor necesite elaborar un estudio psicológico que los tipifique y, al mismo tiempo, los justifique. Sencillamente expone los estados de conciencia del personaje para demostrar aquello que caracteriza al hombre. Este es el método de Machado de Assis para llegar hasta lo más secreto del ser.

El autor brasileño, sin dramatismo aunque con ese tono negativista que caracteriza lo finisecular, se presenta como el estilete que hurga en el cerebro de sus personajes para remover su naturaleza más oscura. Es el bisturí que disecciona, es la lupa del entomólogo que amplía los ocultos meandros de la conciencia y destaca lo instintivo. En este sentido, parece que Machado de Assis habla por boca del estudiante de medicina García cuando éste, para justificar su curiosidad por los comportamientos de Fortunato, informa de su natural capacidad de análisis de la psique humana:

[García] poseía el germen, la facultad de descifrar a los hombres, de descomponer los caracteres, tenía el amor del análisis, y sentía el regalo, que consideraba supremo, de poder penetrar a través de las capas morales, hasta palpar el secreto de un organismo.

Los cuentos de Machado de Assis son detallados estudios de los móviles del comportamiento humano que revelan lo que el hombre es esencialmente; son tratados sociológicos o catálogos de comportamientos antropológicos que desnudan al hombre y lo enfrentan con su íntima realidad. Y las partes del ser que destaca son las que lo delatan como perteneciente a una naturaleza nociva –aunque refinadamente civilizada–, son las que lo primitivizan y acusan lo más infernal de su condición. Desde este punto de vista, la revelación de esa naturaleza –humana y, a la vez, salvaje– es lo que convierte a Machado de Assis en un autor de sutil y penetrante mirada postromántica, parnasiana y realista.

Asimismo, Machado de Assis demuestra pertenecer a su propia época al proyectar en sus textos esa mentalidad científicista que escruta y recoge hechos y actitudes y, en igual medida, al reflejar en su escritura la influencia de las corrientes deterministas en las que se evidencia una pretendida neutralidad por parte del autor. Siendo fiel a lo que se ha llamado *poética de la impersonalidad* al escribir con el tono frío de espectador distante que no se inmiscuye en el texto, Machado de Assis se presenta como autor perteneciente a ese realismo de fondo moral que invade las páginas literarias de las últimas décadas del siglo XIX. Su estudio de las pasiones y las fuerzas del inconsciente lo acerca a Balzac y ambos coinciden en la influencia recibida de la prosa de Laurence Sterne. Quizás parte de ahí el análisis minucioso de caracteres y tipologías y la inexistencia de un ideal que conmueva los espíritus. La falta de expresión de sentimientos en el mensaje cuentístico machadiano o la aparente desconexión entre los personajes y su autor son algunos de los aspectos estilísticos que más llaman la atención al lector, sobre todo cuando éste toma consciencia del verdadero sentido y contenido de los cuentos: Machado de Assis presenta, desde un tono frío y a veces corrosivo, una reflexión –paródica, irónica– de la relación del hombre consigo mismo. Sin desprenderse del recurrente fatalismo, propio de los escritores realistas y naturalistas, el autor encontrará un tono personal y particular, entre irónico y cínico, que le permita elaborar un discurso punzante sobre el hombre, su entorno y su pasado y le lleve a demostrar la importancia que tiene la sociedad en la determinación de la personalidad del individuo.

También como Balzac, Machado de Assis será un autor de transición. Si Balzac es romántico por época pero realista por estilo y temas, el autor bra-